

CONTEMPLACIÓN SOBRE LA HUIDA A EGIPTO [269]

Contemplación – 2024

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Continuamos con la contemplación de la huida a Egipto. Escribe San Ignacio en los Ejercicios:

Dulce en demasía era la felicidad de Belén para que pudiese durar mucho. El mundo echa a perder todo lo bueno como si le estorbara. Estamos en un destierro y hacemos vida de expiación y esto quiere decir que hemos de padecer. Jesús se ha propuesto ir delante de mí, arriesgándose a todos los sacrificios por mi amor y para darme ejemplo. Veré cómo la vida de Jesús, que no busca nada de este mundo, se complica con todas las cosas humanas y comienza a ser signo de contradicción. He de despertar toda mi devoción, toda mi atención e interés, para asistir a un misterio tan admirable como el de la huida a Egipto, pidiendo a Dios las gracias especiales que necesito para esta contemplación.

1º preámbulo: La historia.

[269] DE LA HUIDA A EGIPTO ESCRIBE SANT MATHEO EN EL CAPÍTULO 2, 13-18.

1º Primero: Herodes quería matar al Niño Jesús, y así mató los inocentes y antes de la muerte dellos amonestó el ángel a Joseph que huyese a Egipto: (*Levántate y toma el Niño y a su Madre y huye a Egipto*).

2º 2º: Partiósese para Egipto: (*El cual levantándose de noche partiósese a Egipto*).

3º 3º: (*Estuvo allí hasta la muerte de Herodes*).

Evangelio según San Mateo:

«Después que ellos se retiraron, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle”. Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: De Egipto llamé a mi hijo.

Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había precisado por los magos. Entonces se cumplió

el oráculo del profeta Jeremías: Un clamor se ha oído en Ramá, mucho llanto y lamento: es Raquel que llora a sus hijos, y no quiere consolarse, porque ya no existen». (Mt 2, 13-18)

Pero antes, volvamos a los Santos Inocentes, porque este es el motivo por el cual sucederá la huida a Egipto. Lo que va a anunciar Simeón, con esto de ser señal de contradicción, va a suceder ya antes; este pasó después, la primera prueba de la profecía de Simeón; pasan pocos días, quizá pocas horas, y ya Jesús aparece públicamente como señal de contradicción. Herodes le busca para la muerte. La espada de dolor se clava en el corazón de María, causándole tormentos indecibles. Meditemos este paso.

HERODES.

En primer lugar, Herodes. ¿Quién era Herodes? La historia nos dice que era un tirano cruel, célebre por las matanzas que hizo. Sólo en su familia, asesinó a su esposa, a dos de sus hijos, a dos tíos suyos y, cinco días antes de morir, hace matar a otro tercer hijo. Es un ejemplo claro de lo que es una alma víctima de una pasión. Herodes era esclavo de su ambición. Todo le parecía poco para conservar la corona, sostenerse en su trono. En realidad, es tan ridículo tener miedo ¡de un niño! Apenas oye que ha nacido un niño Rey, concibe enseguida la idea de matarlo y, al verse burlado de los magos, da la orden espantosa de matar a todos los niños menores de dos años.

Escucha los gritos y lamentos de aquellas mujeres. Imagínate, como nos pide San Ignacio, las escenas de dolor, de rabia, de desesperación, que tendrían lugar al llevarse a cabo esta orden por los soldados de Herodes. Piensa la angustia y el sobresalto de María. ¿Cómo estrecharía ella contra su corazón, como si quisiera guardarlo y esconderlo en él, a su Niño querido? Sobre todo, cuando oyera los gritos de las otras madres y viera que la matanza ya había empezado. ¡Quién podría comprender las horas de angustia que pasaría su corazón! Pues bien, piensa ante este espectáculo de sangre y de dolor, lo que es una pasión, hasta dónde puede llegar, qué efectos más lamentables y espantosos puede producir. ¡Qué mala es una pasión que se desborda! ¡Ciega por completo y arrastra al precipicio! Hace que se tema lo que no hay que temer, y que no se tema lo que se debe.

Mira a Herodes, cómo teme a un niño pequeñito y pobre, y no teme la crueldad y el pecado que comete. La pasión empuja al hombre a todo, hasta el crimen. Recordemos el episodio del rey David con Urías, el hitita; y nunca se detiene, ni dice jamás ¡basta! Además, cuando se satisface, no consigue nada, no nos da nada, ni dicha ni felicidad. ¿Qué consiguió Herodes con esta orden? Piensa bien en esto, en lo infructuosa que es siempre la pasión y, sin embargo, cómo nos dejamos fácilmente arrastrar por ella. Examina si alguna quiere desbordarse en tu alma, y sujétala bien, domínala para que ella no te domine a ti. Recordemos lo que nos han explicado siempre los padres de vida espiritual: el dominio de sí, el dominarte.

INOCENCIA Y MARTIRIO.

Junto a Herodes, los niños. Qué simpáticos y atrayentes aparecen estos niños, primicias de los mártires. Humanamente hablando, son dignos de lástima, pero mirados con ojos de fe, ¡qué dichosos son! Apenas nacen y ya son santos. La iglesia los canoniza y celebra su fiesta en los días de la Navidad, son almas inocentes que gozan en el cielo de todos los premios concedidos a la inocencia, a la virginidad y al martirio. En un momento, la espada del tirano segó sus vidas; pero Dios les dio otra mucho mejor, que nadie se las podrá quitar; y todo, ¿por qué? Porque murieron por Jesús, en sustitución de Jesús, por causa de Jesús; esa es la razón de su dicha, como es la razón de toda felicidad: trabajar, sufrir, sacrificarse y hasta morir por Jesús. He ahí lo único grande, lo único que puede hacernos felices, ahora y siempre. Dice Santa Juana de Lestonnac, la fundadora de la orden de las Hijas de María Nuestra Señora: «Trabajar, padecer o morir, todo por Jesús». Como dice San Ignacio: «**PARA LA MAYOR GLORIA DE DIOS**».

¿Qué hubiera sido de estos niños si no hubieran muerto por Jesús? A lo mejor no hubiesen sido santos, ni hubiesen sido glorificados con ninguna corona; probablemente hubieran sido obreros, pastores; alguno tal vez soldado; quizá alguno de ellos, verdugo, que tomó parte en la pasión de Jesús; eso hubieran sido. Pero, en realidad, mira lo que son, sólo para acercarse a Jesús, sólo por acercarse a Jesús, a la Santísima Virgen. ¿Cómo les miraría Ella? ¿No guardaría en su corazón siempre un recuerdo y un cariño y un agradecimiento especial hacia aquellas víctimas que morían por su Hijo? ¿Cómo olvidarse nunca de ellos! Óyelo bien y grábalo profundamente en tu corazón: si quieres que la Virgen te recuerde y nunca te olvide, y Jesús te premie, acércate a Él, ámale y sufre y sacrificate por Él, y por supuesto, el Niño Jesús.

Aquí nos enseña Jesús cómo los planes de los hombres son nada ante Su poder y sabiduría, cómo inutiliza todo lo que Herodes concibe y ordena. Además, nos enseña, al rodear su cuna de lamentos y gritos de dolor de los niños inocentes, que la mortificación es inseparable en Su vida, es la Cruz, es la nuestra, no nos engaña, nos lo dice desde el principio: «*El que quiera venir tras de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz cada día y luego sígame*». Éste es el camino para recorrer, no hay otro.

Mira ¡cómo todo cambia en un momento! Lo que eran dolores y desgracias se cambia en alegría y gloria. Él siempre triunfa, aunque sea perseguido. ¡Quién no se anima a seguirle!, pues vemos, en Sus manos pequeñitas, el poder para jugar con el destino de los hombres, aunque sean perversos.

Termina pidiendo a la Santísima Virgen, al comienzo de esta meditación, luz para reconocer tus pasiones y fuerzas y energías para dominarlas, no para matarlas, que las pasiones pueden ser muy buenas. Mira el ejemplo de Herodes, con qué decisión obra y se lanza a todo, cómo no retrocede ante nada; si esto lo hubiera hecho por el camino del bien, qué santo hubiera sido.

Nadie más apasionado que Jesús y María. Procura lanzar hacia ellos tus pasiones y así ámalos con pasión, con locura, con ambición, con santa envidia de los demás, y verás que fácilmente vences las dificultades que se encuentran en el camino de la santidad.

LOS MÁRTIRES DE HOY.

No quería dejar ahora, al comienzo de la meditación y al contemplar a los niños inocentes, hablar de los inocentes de ahora. Cada año en el mundo se producen 73 millones de abortos; 200,000 abortos al día. En España, según el Ministerio de Sanidad, en el año 2022, se produjeron 98,316 asesinatos. También en ese año 2022, los abortos fueron la primera causa de muerte en todo el mundo. La lucha por la vida sigue siendo un reto para aquellos que apuestan por ella. Cada vez son más personas las que tratan de detener la existencia de un ser vivo débil e indefenso, que aún no ha podido ver la luz de este mundo. Hemos podido leer, hace unos días, en una entrevista, cómo una periodista australiana, embarazada, comparte su conmoción tras descubrir que, en Australia, algunas familias optan por el aborto al conocer el sexo de su bebé durante la ecografía de las 20 semanas de embarazo. ¡Qué dolor! Tantos niños asesinados, desde Belén hasta nuestros días.

También podemos recordar esta película, que se ha hecho famosa meses atrás, *Sounds of Freedom*, *Sonidos de Libertad*. Ha sido número uno en Estados Unidos. También en España, casi más de 400,000 personas fueron a los cines a verla. Se trata de concienciarnos sobre el tema del tráfico sexual infantil. ¡Qué desgracia tan grande y qué dolor en el Corazón del Padre! Ver cómo sus hijos tratan así a los más indefensos. Tengámoslo presente en esta meditación; y todos los días de nuestra vida, recemos por esta intención, para que termine de una vez por todas la lacra del aborto.

LA HUIDA.

Entremos, pues, en esta meditación de la huida a Egipto de Jesús, María y José. Continuamos meditando este misterio de la vida de Jesús. En este nuevo día de los Ejercicios, todo nos interesa, porque todo es vivido por Él para nuestro bien. Dice el Catecismo de la Iglesia Católica, en los números 519 y 521: «Cristo no vivió su vida para sí mismo, sino *para nosotros*». «Todo lo que Cristo vivió hace que podamos *vivirlo en Él* y que Él lo *viva en nosotros*». *Gaudium et Spes*, en el número 22, dice: «El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre».

Debemos continuar y cumplir en nosotros los estados y misterios de Jesús y pedirle, con frecuencia, que lo realice y lleve a plenitud en nosotros y en toda la iglesia; porque el Hijo de Dios tiene el designio de hacer participar y de extender y continuar sus misterios en nosotros y en toda su Iglesia, por las gracias que Él quiere comunicarnos y por los efectos que quiere obrar en nosotros, gracias a estos misterios; y, por este medio, quiere cumplirlo en nosotros. Es por nosotros, es por cada uno, es para nosotros.

No sabemos cuánto tiempo permanecieron en Belén, María y José con Jesús, tras la presentación en el Templo. Tan pronto como pudieron, dejaron el establo para habitar una casa. Una vez fue cediendo la aglomeración provocada por el empadronamiento en la ciudad de David, pudieron trasladarse a una casa; así nos lo dice San Mateo. Allí, María contempló la llegada de los Magos. Escuchó de sus labios el impresionante relato de la aparición de una estrella que les mostró el camino para adorar al nacido Rey de los Judíos. El prólogo de la vida oculta en Nazaret lo constituye el episodio narrado por San Mateo, Capítulo 2, versículos 13 y 14:

«Después que los magos partieron, un ángel del Señor apareció en sueños a José diciéndole: “Levántate, toma al Niño y a su madre y huye a Egipto y estate allí hasta que yo te avise, pues Herodes ha de buscar al Niño para matarle”. Se levantó José, tomó al Niño y a su madre, de noche, y se retiró a Egipto».

En primer lugar, el aviso del Ángel, que tenían que huir a Egipto. Después de los pastores, vinieron los magos y, una vez que se marchan los magos, la Virgen y José comentarían con gozo los acontecimientos de aquellos días. Después, en medio de la noche, José despierta a María para decirle lo que ha sucedido, lo que le ha comunicado el Ángel, que tienen que levantarse y ponerse en dirección a Egipto. Era la señal de la cruz al término de un día repleto de felicidad. Dios se vale de la crueldad de Herodes para disponer una dolorosa prueba a la Sagrada Familia. Siempre ocurre lo mismo, pero no lo advertimos. Todo procede de la Mano de Dios, o Él lo permite para bien nuestro, aunque entonces no lo veamos. ¡Qué difícil es cuando no se ve el fin de una prueba, de una tentación! ¡Qué difícil es resignarse a ella!

Miremos el ejemplo de los personajes más grandes que ha habido en la tierra, que son los santos, las almas más santas, y cómo han pasado por ella. No pudo ser cómodo el viaje. No es lo mismo vivir en una zona desértica, que atravesar un desierto con una mujer que acaba de dar a luz, con un bebé, varias jornadas de andadura por caminos inhóspitos. Además, con el temor de ser alcanzados en la huida. Les están persiguiendo, el cansancio, la sed. Dios Padre no quiso ahorrar fatigas a los seres que más quería, quizá para que también nosotros entendiéramos, que de las dificultades, podemos sacar mucho bien; y para que supiéramos que estar cerca de Dios, no significa ausencia de dolor y de dificultades. Dios sólo nos ha prometido serenidad y fortaleza para afrontarlas. Con prisa siguieron el camino que el Ángel les indicó, cumpliendo siempre la voluntad de Dios. Dice San Juan Crisóstomo:

«José no se escandalizó, ni dijo: “Esto parece un enigma. Tú mismo nos hacías saber, no hace mucho, que Él salvaría a su pueblo y, ahora, no es capaz de salvarse a sí mismo, sino que tenemos necesidad de huir, de emprender un viaje, de sufrir un largo desplazamiento. Eso es contrario a tu promesa”».

Pero José no discurre de este modo, José es el varón fiel.

OBEDIENCIA A DIOS.

Algún detalle de la huida. Con ser tan dura esta orden del Señor, no quiere suavizarla; sino al contrario, aún es más penosa y difícil en sus detalles: levántate y ahora mismo, sin esperar a que amanezca, ni a que pase el tiempo, ni a que lo pienses. Dios lo quiere, no hay nada que hacer ni esperar más que cumplir su divina voluntad. Toma al Niño y a su madre, y la huida se hizo penosa y difícil. Pero lo es más cuando hay que huir con otras personas, no basta huir él solo, que se escondiese sólo José; ha de ser con la madre y con el Niño, que es el que está en riesgo y esto, para un camino largo y duro, aumenta las dificultades. Huyen como si fueran malhechores, en la noche, en la oscuridad, para esconderse. ¿No podía Dios haber ocultado al Niño de otro modo? ¿No salvó a Moisés de una orden semejante a la de Herodes, venida del faraón, sin acudir a la huida? Parece que busca Dios lo más penoso y doloroso para los suyos; y San José obedeció sin más, con fortaleza para hacerse cargo de la situación y para poner los medios a su alcance, confiando plenamente en que Dios no le dejaría solo. Así debemos hacer nosotros en situaciones difíciles, quizá extremas, cuando nos cueste ver la mano providente de Dios Padre en nuestra vida, o en la de quienes más apreciamos, o cuando se nos pide algo que pensamos que somos capaces de dar.

Al día siguiente de su elección como Papa, decía el Beato Juan Pablo I:

«Ayer por la mañana, yo fui a la Sixtina a votar tranquilamente. Jamás hubiese imaginado lo que iba a suceder. Apenas había comenzado el peligro para mí, dos colegas que estaban a mi lado me susurraron palabras de aliento. Uno dijo: “Ánimo, si el Señor da un peso, da también la ayuda para llevarlo”».

Así que, pese a la dureza de aquella obediencia, de María y de José no escuchamos ni una queja, ni un reproche. Caminan alabando a Dios. Nos preguntamos: ¿Ejecuto yo las órdenes de los superiores sin quejas, con silencio, no solamente en los labios, sino además en la mente y en la voluntad?, ¿cuando vivo los mandamientos? Cuántas veces escuchamos en las confesiones: «No me apetecía ir a Misa este domingo», «no tengo ganas», «obedecemos a los Mandamientos, a pesar de que podemos estar cansados», «nos organizamos para cuidar nuestra vida de mandamientos, o cumplir con la Misa del domingo», «son los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, no es la ley de Dios». Buscamos siempre excusas. A José y a María los contemplamos caminando hacia Egipto, alabando a Dios.

Cuando me someto a la obediencia, estoy marchando por los caminos de Dios. ¿Voy a renegar de estos caminos? He de convencerme de que los caminos de Dios, a través de la obediencia, son atajos que más pronta y derecha y seguramente, me conducen al cielo. Pero no echés en olvido que no hay atajo sin trabajo. Los caminos de la propia voluntad son espacios llenos de caminos que nos pueden llevar a desvíos. Nos pueden hacer equivocarnos; hay otros senderos, otros caminos; nos parece que este es más fácil; y también nos va a decir Jesús que la senda es estrecha. En el libro de los Proverbios leemos, en el capítulo 16, 25: «*Hay caminos que parecen rectos y al final conducen a la muerte*».

Por desiertos y senderos mortificantes va la Sagrada Familia, huyendo del perseguidor. Era el medio de defender y asegurar la vida de Jesús, de su Hijo querido. Si quieres asegurar la vida de Jesús en tu alma, lánzate con sumisión y alegría por los caminos de la obediencia, como José y María. Por otra parte, no te disculpes cuando no obedeces, no digas que no tienes «ángel» que te diga claramente la voluntad de Dios. Sabes que no es cierto; ese ángel, para cada uno, es el superior, nuestro Obispo, el confesor, tu director espiritual, como digo: los Mandamientos, la Ley de Dios, los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia. Dios te habla por ahí. ¿Por qué cuando no te agrada, cuando no ves la razón de lo que te dicen, cuando crees que está equivocado, obedeces tan mal? ¿Quién será al fin el equivocado: Él, al mandar; o tú, al dejar de obedecer? Como siempre se nos dice: obedeciendo no nos equivocamos. Mira a María en este paso, mira a José, y contesta.

También podemos hacer, la aplicación a nosotros, del aviso del Ángel, que tenía que huir de Egipto. Al leer este pasaje de San Mateo, que nos ofrece San Ignacio en los Ejercicios, lo primero que resalta es el Misterio. Es el amoroso cuidado que tiene Dios de las almas que le pertenecen, Jesús, María y José, de las que son suyas y descansan en Él, de las almas que no tienen otra preocupación que amarle sobre todas las cosas y serle siempre fieles. Este es el caso de las almas consagradas, pero también de todos los bautizados. Las almas de los sacerdotes, los religiosos y las religiosas hemos sido elegidos por Él para desposarnos con Él; pero como bautizados, en este deseo de caminar hacia la fidelidad, esto es para todos. El Señor espera de nosotros que pongamos toda nuestra confianza en Él y nos olvidemos de nosotros mismos, que nos ocupemos de sus cosas, que Él se ocupará de las nuestras, como le reveló a Santa Margarita María de Alacoque:

«Descuídate de todo para ocuparte únicamente en el cumplimiento de mis deseos. Piensa en mí y yo pensaré en ti. Cree en mi amor, en mi interés, abandónate amorosamente en mis brazos, sin recelo de ningún género».

Así actúa el Señor y, claro, como lo que queremos es ya, y según lo que le pedimos, y según lo que le exigimos, al no verlo inmediatamente, el demonio aprovecha para meter la tentación. A tales almas consagradas, que actúan si el Señor no sólo envía sus ángeles para visitarlas y defenderlas, como la Sagrada Familia, sino que Él mismo se constituye en su Providencia, con cuidado, con ternura, con solicitud; y lo hace con todos, repito, como bautizados, lo hace con todos; y lo hace en la Comunión, cuando entra todo Dios en nosotros y se establece la mayor fortaleza.

GRADOS DE OBEEDIENCIA.

¿Qué hago yo para vivir así? ¿Quién, ante la promesa de estas recompensas, de esta lección que tenemos que aprender para vivirla y llevarla a término en nuestra propia vida, no tiene deseos de entregarse a Dios? Dicha perfección de entrega o de obediencia podemos decir que tiene **tres grados**:

1. **La de San José:** José recibe la orden de Dios, directamente de Él o por medio de un ángel. No es difícil obedecer ni entregarse en semejantes casos.
2. **La Virgen:** la Virgen, recibéndola de parte de Dios, por medio de una criatura en este caso, antes había sido por Gabriel en la Anunciación, pero ahora es por medio de José. En este momento de la huida, recibe de parte de Dios un mandato por parte de su esposo, que se la comunica y trata con ella, de darle esta noticia que ha recibido en sueños José. No tiene tampoco gran dificultad esta manera de obedecer ni de entregarse. Si me fío de mis superiores, del Obispo, como decía antes, cuando voy con una cuita al confesor, a mi director espiritual, nos contenta y satisface saber que tenemos esa seguridad. Nos disponemos a recibir con suavidad y hasta con gusto, sus decisiones, por costosas que en sí sean.
3. **El Niño Dios:** ni se le da cuenta de lo que se pretende hacer con Él. Es un bebé. Ni se le consulta, ni se le exponen conveniencias, dificultades, ni razones. Se le toma dormido y se le lleva sin más. Y aquí la obediencia más perfecta, la del que vive en todo entregado a su amado, a Dios.

Este lenguaje parece que sólo es para almas consagradas. Es el primer Mandamiento de la Ley de Dios, que nos dice que tenemos que amarle a Dios. Dios no ha utilizado otra palabra, una cercanía, una obediencia arreglada, un trato algo ya más íntimo, **amar a Dios y amarle sobre todas las cosas**. Por eso, cuando vivamos así, comenzaremos a dar fruto. No duda ni pregunta el porqué de las cosas. Es un bebé. Podemos decir: «Claro, no habla». Podía haber hablado y podía haber tenido otro medio de comunicación con ellos. No. Descansa tranquilo en los brazos de su Madre; la Providencia duerme el sueño del amor por el cual se pierde de vista todo. Y así, obedeciendo y entregándose a Dios en la persona de los superiores, en este caso, de sus padres, de forma ciega y sin reserva alguna. ¿A qué clase de estas tres pertenece mi obediencia y mi entrega a Jesús y por Jesús?

EGIPTO.

Tras una larga y penosa travesía, llegaron María y José con el Niño a Egipto. Por aquel tiempo, se nos dice, residían en Egipto muchos israelitas que formaban pequeñas comunidades. Se dedicaban principalmente al comercio. Es de suponer que José se incorporó, con su familia, a una de estas comunidades, dispuesto a rehacer una vez más su vida con lo poco que había podido traer desde Belén. Pero, volvamos a pensar en esto mismo, porque, aunque fuesen judíos, hablasen hebreo, eran desconocidos en un país desconocido y, sin embargo, José, hasta el final y hasta que vuelva a recibir en sueños que ya pueden regresar, obedece. Con todo, José, además, lleva consigo lo más importante, lleva a Jesús y a María; era el tesoro que tenía que cuidar. Su laboriosidad, sus manos, el trabajo de sus manos, el empeño para sacarles adelante a costa de todos los sacrificios del mundo, le acompañan, lo lleva en su corazón. Aunque aquellos judíos fueran de su patria,

nunca llegaron a saber la suerte que habían tenido. ¿Qué les pasaba? Estaba con ellos el Soberano de la Casa de Israel, el verdadero Redentor, el Mesías, que libertaría ya no sólo de la esclavitud de Egipto sino, también de algo inmensamente peor que toda la esclavitud humana: el pecado. Cristo, el Señor, viene a salvarnos del pecado y a darnos vida eterna. En Él, en Jesús, el Mesías, confluía toda la historia de su pueblo y es un bebé.

San José es para nosotros ejemplo de muchas virtudes: de obediencia, inteligente y rápido a través de hacer y de cumplir todo lo que el Padre le manda, de fe, de esperanza, de laboriosidad, también de fortaleza, tanto en medio de grandes dificultades como en situaciones ordinarias, que acontecerían en aquel lugar, en los días que transcurrirían, a través de los trabajos, como un buen padre de familia.

En Egipto comenzó como pudo, pasarían estrecheces, realizando al principio todo tipo de trabajos, procurando a María y a Jesús un hogar y sosteniéndolos, como siempre, con el trabajo de sus manos, con una laboriosidad incansable. Ante las contrariedades que podamos padecer, si el Señor las permite, hemos de contemplar la figura llena de fortaleza de José y encomendarnos a él, como lo han hecho tantos santos, como lo hizo Santa Teresa de Jesús, la primera Doctora de la Iglesia. Escribe en el «Libro de la Vida»:

«No me acuerdo hasta ahora haberle encomendado cosa alguna que le haya dejado de hacer. Es cosa que espanta, las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así del cuerpo como del alma. Que a otros Santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad. A este glorioso Santo, tengo experiencia que socorre en todas y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuánto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él también por experiencia, y así muchas que le son devotas, y de nuevo han experimentado esta verdad».

Hagamos caso a la Santa y encomendémonos con más frecuencia a San José.

Así que allí Jesús les da a la vez que este sufrimiento, grandes consuelos, trabajan, sufren pero con alegría y confían en Dios.

Duró la estancia en Egipto varios años, algunos autores dicen que cuatro, que seis años, no lo sabemos. Es cierto y apoyamos, también, a nuestros hermanos cristianos coptos católicos de Egipto, que están trabajando porque Tierra Santa sea también reconocida en Egipto, que es un lugar santificado por la presencia de la Sagrada Familia, por Jesús, Nuestro Señor, como en Israel, lo que hoy llamamos Tierra Santa. Ellos dicen: «También Egipto es Tierra Santa». Tengámoslo presente y oremos por esas comunidades que también sufren persecución.

Aquí, Jesús va a balbucear las primeras palabras. En Egipto, llamó por primera vez a la Santísima Virgen con el nombre de madre; y a José, con el nombre de padre. Aquí, en Egipto, rezó las primeras oraciones que ella le enseñará y cómo se extasiaría la Santísima Virgen viendo a su Hijo juntar sus manitas y orar con gran fervor y devoción. Allí, vestiría la primera túnica infantil, sus primeros juegos, sus primeras travesuras a las orillas del Nilo. ¡Cuántas veces traería, a su Madre, flores de loto que allí crecen, y ella se lo pagaría con un ardiente beso! ¡Qué consuelo da el Señor a los que por Él se sacrifican! ¿Qué madre sufrió más?; pero, ¿qué madre fue más feliz? Y lo mismo San José.

Dispuesta a partir la Sagrada Familia, ¿nos quieres acompañar? Como si les escucharas decirme: ¿quieres venir con nosotros?, ¿quieres hacer este recorrido hasta Egipto y estar aquí con nosotros? ¿Quiero ir yo a Egipto con ellos, es decir, a donde me lleve la voluntad de Dios? Esta escena nos la propone así San Ignacio, en este momento de los Ejercicios, «**CUMPLIR LA VOLUNTAD DE DIOS EN TODO**». Si lo hicieron ellos, ¿no lo vamos a hacer nosotros? Debo levantarme, debo dejar mi casa, salir de mi tierra y de mi parentela y, como le fue dicho a Abraham, ir al lugar que Dios me mostrará; pero, «¿Acaso no he realizado ya este deseo del Señor, siguiéndole?» -podemos pensar eso- «Estoy haciendo Ejercicios Espirituales». Él mismo nos dice en el Evangelio: «*No sólo por decir Señor, Señor*».

Como sacerdotes, como religiosas, religiosos, si pertenecéis a cualquier movimiento en el mundo de los laicos, ¿no es suficiente ya? ¿Acaso no hemos realizado ya este deseo de salir de nuestra casa, de levantarnos y dejar nuestra tierra, de dejar nuestra parentela? A lo mejor materialmente sí, pero a lo mejor espiritualmente todavía no. En este sentido, en el que hoy me pide y exige Jesús, salir de mi casa, salir de mi tierra, vuelve a repetirme que es **salir de mí mismo**, de las exigencias de mi naturaleza, de las reclamaciones de mí mismo cuerpo que, formado de la tierra, tiende siempre hacia la tierra, haciéndose terrena.

¿Pero cuál es la parentela que he de abandonar junto con mi tierra? Es todo a otro nivel, es el nivel espiritual, son mis sentidos, mis potencias, mi corazón, mi sensibilidad, mi imaginación, mis juicios, mis ideas, que constituyen estos que son mis principales enemigos. Debo dejarlos desde el momento que me impiden ir al lugar que el Señor me quiere mostrar, o sea, al grado de perfección que desea en mí. Tantas cosas en el campo de la pureza. ¡Qué fáciles somos para ver cualquier cosa o pensar que ya tenemos una adultez, una madurez! El demonio entra igualmente y, por eso, cuidado con pensar que lo tenemos ya todo al día, para eso hacemos estos Ejercicios, para eso nos confesamos; pero este es el trabajo.

El camino que conduce al destierro es difícil, es penoso. Podemos, repito, cerrar los ojos y contemplar esas escenas de calor, de miedo, de oscuridad, de posibles bandidos, de no saber a dónde llegar, de encontrarse con personas que hablaban su idioma; pero, de empezar de cero. No hay que tener en cuenta las dificultades, ni las incomodidades de él, porque en compañía de Jesús, todas desaparecen o, por lo menos, Él allana y suaviza. Para lograrlo, es preciso, sin embargo, que sean para Él todas las miradas, todas las atenciones, todos los cuidados, en un completo olvido de cada uno de nosotros, de todo.

Este es el medio eficaz que nos hace llegar sin pena al destierro espiritual del corazón, al que somos llamados por ser parte esencial de la vida religiosa, en el mundo del laicado, en el ministerio sacerdotal. Separación, vacío, vivir sin intimidades, sin expansión, soledad interior, que esto es, por el lado de la tierra, lo que se nos pide. Vivimos en el mundo, sin ser del mundo. Podemos disfrutarlo de un día en la montaña, de un paseo, de una película, de la amistad, los esposos, con los hijos, la familia. Todo eso es de Dios; pero, ¿de cuántas cosas hay que seguir limpiando el corazón y perfeccionando nuestra vida?

Todo esto debe ser pero con Jesús, con Él. Como nos dice el apóstol: «¡Qué temeré! Con Él, ¡qué podrá faltarme!» ¡Qué podré desear! Así podré expresar: «Qué bien se está en Egipto». Con Jesús en Egipto, que es el rinconcito de mi corazón, en una celda de un

monasterio, en la enfermería, en una habitación de un hospital, en una oficina, el olvido de las criaturas.

Es en Egipto donde hay que mendigar al cielo el alimento que no se encuentra sino en Él y piden el corazón y el alma. Si no tenemos la dicha de permanecer en ese Egipto, en ese destierro, en este estado de desnudez y abandono, de todo y de sí, ¡qué grandes e íntimas recompensas se reciben! Como María en Egipto. Como decía antes, las primeras sonrisas, las primeras caricias, los primeros testimonios no comunes y ordinarios, sino muy regalados y especiales, de la ternura de Jesús. No puedo de dejar tener presente esto: ¡Cuánto sufren la Virgen y San José en su huida a Egipto, por conservar con ellos a Jesús, por no perderle, por salvarlo de los enemigos! ¿Qué he de hacer yo? ¿Qué no sufriré y de dónde no huiré para retenerle siempre conmigo, en mi compañía? Para no perderle jamás, para poder gozar constantemente de Su presencia, de Su amor, de Su trato. No sólo por la gracia santificante, sino por una íntima y estrechísima y especial unión con Él. En nuestras Comuniones, con cuánta facilidad perdemos la gracia, con cuánta facilidad nos descuidamos, después de haber estado en contacto con Dios, vivir en la presencia de Dios. Todo eso tiene que ser motivo de nuestro examen y tenemos que llevarlo cada vez a mejor.

Contribuirá mucho a que logremos esta dicha de establecernos en el destierro, esto es vivir en este mundo como un viajero, como un desterrado fuera de su patria. ¿Cómo viviré suspirando siempre por esta dicha de vivir con Jesús y para Jesús, en intimidad, si no nos vamos a llevar nada a la otra vida? Tantas cosas que nos rodean materialmente, que son necesarias, pero tanto apego que tenemos a tantas cosas, olvidándonos del hermano que está necesitado. Y así con tantas aplicaciones que podríamos hacer.

Feliz es nuestra alma cuando vive sola con Jesús, peregrina y desterrada, pero con Jesús; mientras estamos en este mundo, pero con Jesús. ¡Dichosa alma la que se guarda todo para Él!

Allí permaneció todo el tiempo, sin otra razón, que cumplir el mandato del Ángel. Como decíamos, tantas veces que le pedimos que Dios nos dé cuentas de las cosas, ¡que Dios nos dé cuentas a nosotros! Pues, permanecieron allí sólo porque aquella noche, en Belén, escuchan una orden y, como solemos decir, hasta nueva orden. Después de un tiempo pasado del peligro, nada retenía ya a José en aquella tierra extraña, pero «Estate aquí hasta que Yo te diga». Y en Egipto permaneció sin disgusto ni protesta, paciente, realizando su trabajo como si jamás hubiera de salir de aquel lugar. ¡Qué importante es saber estar! Permanecer donde se debe, ocupado en lo que a cada uno le compete, sin ceder a la tentación de cambiar continuamente el sitio. ¡Qué importante es esto! A la palabra que se ha dado, al sometimiento de la Palabra que hemos recibido, cuando la obediencia te arranca de un lugar, de casa u oficio, para trasladarnos a otros, te sientes quizá como desterrado. ¿Qué pensamientos te ocupan en tales circunstancias? ¿De crítica, de despecho, de profunda desgana, de aburrimiento corrosivo? **Es que tienes los ojos del alma clavados en la tierra.**

Dice San Manuel González, en una oración a la Inmaculada: «Con los ojos del alma fijos en el Corazón de Jesús que está en el Sagrario». Con los ojos de la cara fijos en la necesidad del prójimo, porque tienes que ver qué le pasa, qué necesita. Pero si tienes los

ojos clavados en la tierra, en lo mundano, entonces: ¡Qué fácil es caer en los pecados de pureza! ¡Qué fácil es caer en la soberbia! ¡Qué fácil es no resignarse ante la Cruz, ante la enfermedad! Eleva la vista, jotea por encima de lo terreno, y los horizontes ya no te hablarán de destierro, sino de patria, porque nuestra patria es el cielo. Dice Hebreos 13, 14: «*No tenemos aquí ciudad permanente*»; ninguno, ni el sacerdote, ni la religiosa, ni el laico. Hay que estar siempre en disposición de abrazar el destino que se le señale, como si en él hubiera de permanecer toda la vida.

EL DESTIERRO.

Vives en la noche de una horrible tribulación, ese es tu destierro ahora. ¿Hasta cuándo? Ese es tu destierro ahora. ¡Qué lento nos parece Dios en abrir el día!, y no es que Dios sea lento, somos nosotros los impacientes y precipitados. **La purificación del alma demanda su tiempo, se impone la espera.** La obra perfecta es enemiga de la improvisación. Dios no deja sus obras a medio concluir. ¿Vives bajo un superior con quien encajas poco? ¿Te traes mala voluntad por el camino de la amargura? ¿Te desazonas, te irritas? ¿Las horas en esta casa se te hacen siglos? Es tu destierro. ¿Tienes dificultades en tu vida matrimonial? Arréglalas, pero mientras, es tu destierro. ¿Tienes una enfermedad? Ves al médico y pon los medios necesarios para recuperar la salud, pero ahora es tu destierro.

FORTALEZA.

¿Hasta cuándo? Y eso qué importa. ¿Dónde está la confianza en Dios? Hasta que Él quiera. Después de cualquier tribulación, después de cualquier destierro, lo siguiente es la vida eterna. Aunque tarde. ¡Qué río de contrariedades no tendría que bandear José! Una lengua extranjera, gente egoísta, la idolatría que había en Egipto, la escasez de recursos para sustentar a la familia. No obstante, procedía con una fe mayor que la de Abraham. Romanos 4:18, «*Creyó contra toda la esperanza*». Cree y espera tú.

Es la fortaleza de nuestra vida ordinaria. Hemos de pedir a San José que nos enseñe a ser fuertes, no solo en casos extraordinarios y difíciles, como son la persecución, el martirio, una rarísima y dolorosa enfermedad; sino también en las cosas de cada día, los asuntos ordinarios de cada día, en la constancia en el trabajo, al sonreír cuando estamos serios o en tener una palabra amable y cordial para con todos.

Muchas veces una visita a un enfermo, hacerle la compra, una llamada de teléfono. A veces decimos: «No tengo dinero para poder hacer caridad». Tu tiempo, dale tu tiempo. Necesitamos echar mano de la fortaleza para no ceder ante el cansancio. Nos dejamos llevar con tanta facilidad por la comodidad, por mi momento, por el «mí». Tenemos tanta manía con el «yo». Date a los demás, **vence el miedo a cumplir deberes que cuestan.** Escribe San Juan Pablo II:

«El hombre por naturaleza teme el peligro, las molestias, el sufrimiento, es nuestra naturaleza. Por ello es necesario buscar hombres valientes, no solamente en los campos de

batalla, sino también en los pasillos de los hospitales, junto al lecho del dolor, en la tarea de cada día».

Un aspecto importante de la fortaleza es la firmeza interior para superar obstáculos más sutiles. Son otro tipo de cosas, pero que también se dan en nuestra vida espiritual, como es la vanidad, la impaciencia, la timidez, los respetos humanos. También son manifestaciones de fortaleza el olvido de sí, el no dar excesivas vueltas a los problemas personales, mirándote tanto a ti porque los exorbitamos, el pasar ocultos, el servir a los demás sin hacerse notar. Cuando empieza la Cuaresma, el Evangelio, para toda la Iglesia Universal, nos recuerda eso, que no se entere nadie de la limosna que has dado, que no sepa nadie la obra de caridad que has hecho. Entra en tu cuarto, hazlo ante tu Padre y *«Él que ve en lo escondido»*; y eso es lo que luego congenia con aquella otra palabra del Nuevo Testamento dicha por Jesucristo: *«y entonces cuando esto es así, alumbré así vuestra luz a los hombres para que viendo vuestras buenas obras den Gloria a vuestro Padre que está en los cielos»*. Pero no por nosotros.

Aprendamos en esta meditación de hoy de San José, a sacar adelante, con reciedumbre y fortaleza, todo lo que de modo ordinario el Señor nos encomienda: nuestra familia, el trabajo, el apostolado; contando con que lo habitual será que encontremos obstáculos y dificultades. No en el mundo que vivimos hoy, siempre ha sido así. Dice San Agustín: *«Vosotros sois los tiempos, deja de quejarte; si cambiáis vosotros, cambian los tiempos»*.

NAZARET.

Ahora sí, finalmente el regreso a Nazaret. Un día aparece otra vez el Ángel y les manda a regresar. Ha muerto Herodes, todo ha terminado. ¿Por qué no pensar que todo se pasa y todo se acaba? José prudentemente no quiere volver a Belén, por si acaso Arquelao, el hijo de Herodes, es como su padre, y un ángel se le aparece otra vez y le dice que ha obrado bien y que permanezca en Nazaret. Nunca la prudencia es enemiga de la obediencia. Propón, humildemente, tus deseos y hasta tus dificultades si las tienes, y luego espera, como San José, indiferentemente a la respuesta. Pero nada de empeñarte en salir con la tuya, en enfadarte, en disgustarte cuando no se te da la razón. Prudencia sí, pero a la vez sumisión y obediencia.

Murió Herodes y la Sagrada Familia pudo retornar a su patria. No te desilusiones, ni lo echés todo a rodar, porque se acumulen las adversidades. Pasarán como pasó Herodes. No hay noche sin aurora, ni tempestad sin calma. Cederá la tensión a que te sojuzgan los temores, las tentaciones, la envidia ajena, la incompreensión, las injusticias. Entre tanto, saca el mayor partido posible para tu espíritu, de esas situaciones queridas o permitidas. ¿Cuándo, Dios mío, me acostumbraré a ver siempre y en todas las cosas la huella de Tu Mano Providente? ¿Si ni un solo pajarillo cae al suelo sin que lo disponga Vuestro Padre? ¿Por qué me revelo tan pronto cuando la obediencia, disposición divina, determina algo a disgusto mío? ¿Sabré yo mejor que Tú, Jesús, lo que es más conveniente para mí? ¿Cómo va a ser eso posible? ¿Cómo vamos a saber más que Jesús? Cura mi endiablada soberbia para que Tu Voluntad reine en la mía.

El destierro de la Sagrada Familia no se acabó con una apoteosis. Volvieron a Palestina como se habían marchado: en silencio y humildad. Todavía en la patria encontró sin sabores, no habían cesado del todo los peligros porque reinaba Arquelao, que era tan cruel como su padre. Esto trajo consigo que no fuera a Belén, como decíamos, sino que se refugiara en Nazaret, para vivir allí largos años en oscuridad y humildad.

Todo esto que leemos en el Evangelio, debe darnos a entender que el final de nuestro destierro no ha de ser la glorificación de los hombres, sino que se acrisolen las virtudes. Las apoteosis humanas son vanidad. Las virtudes que se ejercitan en el silencio y en la oscuridad, las ve Dios. No nos hagamos la ilusión de que van a cesar pronto totalmente nuestras tribulaciones, ya que mientras estamos en el destierro de este mundo, el Señor nos dará ocasiones de ejercitarnos en las virtudes, con las contrariedades que el mundo ofrece. Por lo menos siempre podemos, en la soledad, el destierro y en los momentos de persecución, morir a nosotros mismos, y esto no es poco. Podemos hacer lo que San José y la Virgen hicieron durante el destierro de Egipto, crecer en santidad. Esto nadie nos lo puede impedir, por cruel que sea nuestro entorno, las dificultades que podamos tener; y creciendo en santidad, haremos, aún sin pretenderlo, florecer también la santidad en nuestro entorno.

Dios no permite que la santidad sea jamás estéril. Hay algo en la santidad que no puede tocarse ni palpase pero que existe siempre, y es aquel «no sé qué» del que habla San Juan de la Cruz en uno de sus versos y que deja muchísimo amor a quien lo siente. Ese «no sé qué» lo esparcen siempre los santos y es un apostolado hermosísimo. Claro está, que no puede sujetarse a estadísticas y números el apostolado, claro está que el mismo que lo hace, no siempre lo entiende y mucho menos puede calcular su eficacia y su alcance. Pero el apostolado existe, lo ve Dios y se recrea en él. ¡Qué hermoso debe ser pensar, en todas partes, el poder verse unidos al Señor; en todas partes, que se santifique nuestra alma; en todas partes, poder estar salvando almas! ¡Qué hermoso es pensar que siempre y donde quiera podemos glorificar a Dios, Nuestro Señor, viviendo para Él! Esta debe ser la idea dominante en nuestro destierro. Este debe ser el único anhelo que tengamos, «Sea Dios glorificado». Y eso basta. El destierro no puede convertirse en sí, nos lo dice la historia que eran los desiertos de Egipto; llegó un día en que aquellas soledades rebosaban por todas partes con cánticos fervorosos de divina alabanza. Empezó con San Antonio en el desierto y fue floreciendo en lugares en donde se alababa a Dios. Nuestro desierto podrá imitar este hecho hermosísimo y podrá convertirse en un cántico de alabanza divina.

Las preocupaciones son huéspedes molestos, cuya vista por temporadas, más cortas o más largas, nos cansan y nos ponen de mal humor fuertemente. ¿No habrá manera de cerrar la puerta a todo lo que es molestia en nosotros? Si una hay de insuperable eficacia, es vivir en Dios, al cobijo de Su Providencia, como en el destierro hicieron María y José.

¿Qué puede robarle la paz a una religiosa? ¿Lo material, la falta de alimento, de ropa, de comodidades, de salud? El superior provee por él. En nuestra vida, como sacerdotes, ¿las dificultades en la Parroquia, el trato con los fieles, a veces el poco fruto en grandes trabajos apostólicos? En la vida de los fieles, de los seglares, en vuestra vida, queridos hermanos laicos, ¿la vida matrimonial, las dificultades con un jefe que nos hace la vida

imposible, lo sobrenatural, los anhelos de perfección mezclados con nuestras fragilidades? ¿El qué? Ha de atenderse al cuerpo y al espíritu, pero sin ansiedad, sin turbación, sin desconfianza, porque lo humano hay que ahogarlo en lo divino, con un creciente aumento de fe y esperanza. Si Dios cuida de los pájaros y viste los lirios del campo, con más razón cuida de ti, que vales más que las aves y los lirios. No hallaremos Padre porque así se desviva por sus hijos, como el Creador por sus criaturas.

Nada debe preocuparnos, Dios proveerá. En los escritos marianos de Santa Teresita, dice la Santa y, termino queridos hermanos, esta larga meditación, ahí destaca la Recreación Piadosa de la Huida a Egipto, escrita año y medio antes de su muerte. Dice Santa Teresita del Niño Jesús:

«La huida a Egipto resulta interesante para conocer la relación entre María y José, y las preguntas que se hacen ambos en torno al Niño Jesús. María se admira de que la gente siga desconociendo al Niño que lleva en sus brazos. El mismo José participa del asombro de su esposa. María y José dejan entrever la perplejidad que sienten ambos ante el misterio de su Hijo Jesús. Un misterio que choca con sus ideas del Mesías que esperaban y cuya presencia real va provocando constantes dudas y preguntas sin respuestas».

Sigamos y que el Señor nos ayude aliviándonos cada destierro. Pero nosotros, sepamos responder con frutos de santidad. Se nos llama al «MAGIS». San Ignacio de Loyola constantemente utiliza esta palabra, cada vez más y mejor, que todo sea para la mayor gloria de Dios. En todo amar y servir.

La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

Amén.